

GEORGE MEREDITH, *El Egoísta*, traducción de Antonio Lastra, Cátedra, Madrid, 2019, 669 pp. ISBN: 978-84-376-3991-8.

Esta obra de Meredith, *El Egoísta*, consiste en toda una poética aplicada a una comedia amorosa en el sentido de que tiene un final bastante complaciente después de un proceso de ridiculización de la figura humana del perfecto egoísta, en este caso, sir Willoughby. Es la poética que expone George Meredith en su *Ensayo sobre el espíritu cómico* en la literatura y la noción filosófica que comporta.

En la introducción del mismo libro, el editor ha considerado necesario incluir una cita que nos esclarece la idea que Meredith tiene del poeta cómico. Se trata de una carta del autor dirigida a Stevenson en la que podemos encontrar una referencia al croar de las ranas. Podríamos pensar en un guiño a Aristófanes y su obra *Las Ranas*, del cual Meredith ya expuso su visión, considerándolo poeta cómico por excelencia desde todos los aspectos que en su obra se hallan con relación a la enseñanza que ha de aportar la musa cómica a la sociedad. Croar es una maldición que sufre el poeta frente a la vida y lo fuerza a castigar a sus conciudadanos a base de tragos de un veneno propio que ha sido obtenido de la ridiculización del comportamiento humano. Meredith lo plasma como un intento de respuesta a la absurda existencia en contraposición a la tragedia que la solemniza.

Uno de los personajes de esta comedia novelesca es el doctor Middleton, cuya figura es poderosa por su autoridad, es decir, es la excusa que lleva a su hija a comprometerse con Willoughby y no poder dejarlo pese a que no siente amor por él. Es una figura cercana a un *pater familias* o un patriarca tradicional, en la cual se refugia la mujer, su hija Clara, ridiculizando aún más su lucha interna entre hacerse sentir como ser pensante o someterse a un papel que la sociedad le impone y que le supone anular su intelecto. Ella intenta luchar por su sitio pero no duda en esconderse en la sombra a la hora de rebelarse, alegando que es débil por su condición femenina. Meredith advierte que no hay ego posible para Dionisos, que somete y destruye toda máscara personificada distorsionándola de mala manera, pues el doctor Middleton se ve abatido por un vino Oporto que Willoughby utiliza para hacerlo bailar a su gusto y conseguir amansar su orgullo. Esto se explica por la necesidad que siente el protagonista Willoughby de empujar más a la sombra el espíritu de Clara para favorecer su orgullo. Tanto Middleton como Willoughby reaccionan ante el cambio, no obstante, el primero lo hace por convicción y el segundo por poder: no quiere que el abatimiento acabe con su imagen célebre en el condado, pues es un ídolo de masas. Como nos contaba Meredith en su ensayo sobre el espíritu de la comedia, estamos ante una estructura social que impide la igualdad intelectual entre mujer y hombre que da libre acceso a la condición de humanidad. *El Egoísta* nos ofrece esta imagen para la reflexión. Además, nuestro poeta Meredith afirma que el libro en potencia no gustará por incomprensible ni al público ni a sus amigos, cosa que nos puede llevar a pensar en la maldición de croar de la que habla en la carta dirigida a Stevenson.

Otro elemento importante en esta comedia es el *Libro de la Tierra*. Meredith nos habla de este libro como *Libro de la Humanidad* en cuanto a su carácter sapiencial de sentencias recogidas a partir de la experiencia del ego humano. Una de las máximas de este libro es “El placer del mundo consiste en tumbar nuestra marcial letra I, invadir nuestra identidad, desollar nuestra amabilidad. Pensar es el inicio del disgusto del mundo”. Sugiere que hay que leer y rescatar este libro pero siempre con espíritu cómico, quizás al estilo de Sócrates, pues la comedia es correctora de la pretenciosidad y la última civilizadora encargada de recordar al ser humano su historia natural que se oculta bajo el exceso del lujo que conlleva la protección de la identidad. La tragedia obnubila los sentidos y la risa cura la razón. Esta sentencia de Meredith se ve aplicada en Willoughby como uno de los que no ríen ni permiten lo ridículo pero se convierten en ridículos ellos mismos. Esta ridiculización se basa en el empeño que tiene el protagonista de proteger su dignidad a través de la mentira: se engaña a sí mismo pensando que Clara no sabe lo que quiere y no lo está rechazando a él porque es el mejor, y además, engaña al resto ocultando lo defectuoso de su relación con ella. Horacio De Craye es otro personaje, amigo del protagonista, que compite con él por Clara. Se contrapone a Willoughby por su visión de la vida llena de humor, y quizá, demasiado ridiculizante. Este personaje evita en todo momento que el patetismo nos arrolle pese a ser parcialmente necesario. Meredith dice que la figura del egoísta mueve a piedad por su propia muerte trágica, en cuyo epitafio figuraría que se mató a sí mismo por amarse tanto. Los duendes asistirán al velatorio a sacar el absurdo de las figuras imponentes en su vacuidad y son personajes que desafían continuamente la autoridad como duendecillos o sátiros sabios o como el mismo Calibán hace con Próspero o Lucifer con Dios. Esto es lo que De Craye hace con Willoughby a ojos de Clara. Los duendes son importantes a lo largo de la obra y atosigan constantemente a nuestro egoísta Willoughby, pero en este caso son imaginarios y no concretos. Este egoísta puede asemejarse al héroe de la tragedia (pues Meredith hace frecuentemente alusión así a Willoughby) enamorado de sí mismo y despreciador del mundo exigiéndole en todo momento una idolatría y hablando de sí mismo como templo de adoración en el amor. Es el perfecto caballero seductor y joven, rico, “generoso” e incapaz de renunciar a Leticia Dale, una poetisa solterona que lo ama devotamente por su falsa abnegación hasta que experimenta una evolución espiritual que le revela la identidad de un egoísta en potencia y toca climáticamente el tema principal de la obra: la existencia de un posible amor fuera del egoísmo. Como George Meredith dice en su ensayo anteriormente nombrado, Willoughby es la clase de hombre que padece la epidemia del *agelastós* (en griego, “el que no ríe”) y pretende aspirar a la devoción de Clara Middleton, calificada como “pícaro de porcelana”, que lo ridiculiza por incapaz de responder y llega a conocerlo en su egoísmo perverso, a desplomar su orgullo y a hacerlo sufrir en una guerra amorosa que aspira a convertir un matrimonio en un templo de adoración, de modo que esta porcelana de Willoughby acaba por romperse recogiendo los pedazos de Leticia Dale, que es realmente quien se rompe y pierde su razón de ser o su amor por Willoughby. Parece ser el personaje de mayor complejidad en la obra y descubre todo el egoísmo a su alrededor como una peste que contamina la casa Patterne e intoxica a todos los que rodean a sir Willoughby. Todos son egoístas reconocidos menos Willoughby, empeñado en mostrarse al mundo como héroe altivo que desprecia todo contacto y acercamiento a los duendecillos hasta que la porcelana se hace pedazos. La pícaro lo engaña pinchándolo en la víscera del amor y lo lleva a desesperar hasta volverse a Leticia en un acto de autorreconocimiento de su propia ignorancia y la crisis de identidad. Leticia promete ser la salvación de su alma pero no sin antes rasgar el velo de Maya que todos los de Patterne, como ella misma tuvo una vez, mantienen para mimar al héroe. Ella es la única que estuvo en aquella caverna o

templo de adoración ante su ídolo y fue capaz de salir a asomarse en el momento en que descubrió el egoísmo de ella misma: amar a Willoughby es amar la admiración que él mismo siente por la constancia, virtud de la que ella alardea. Esto es, ambos son ídolos el uno del otro.

Es una obra cuyos hilos se articulan en torno al egoísmo del que cada uno tira. Todos son almas solitarias que arrastran un leño haciendo de este un dios para regocijarse con la carga. No obstante, Vernon Whitford, primo de sir Willoughby, y Clara Middleton, prometida del héroe, acaban por ser los verdaderos enamorados que sufren ataques de egoísmo, aunque realmente prueban el verdadero amor fuera del egoísmo y triunfan en ello. Vernon ya tiene “ojos de cabra” de modo que Meredith nos indica que éste ve el mundo algo distinto de su primo apolíneo. Clara está en disputa con su ego y libertad ante la promesa de devoción y sometimiento a Willoughby hasta en su propio pensamiento, no obstante, pretende engañarse a sí misma y rechazar a Willoughby al pensar en hacer el bien al mundo y no solamente a nosotros mismos. Es la pícara de porcelana con un atisbo satírico en su alma que ensombrece la existencia de Willoughby como *agelastós* contra el mundo, de modo que ella, como criatura salvaje capturada que clama por ayuda, estaba destinada a ser Eco para Narciso y a ser una pareja destructora recíprocamente. Así es como Vernon la califica, como Eco.

Las máximas del *Libro del Egoísmo* que resumen la obra en sus actos son las siguientes: la posesión sin obligaciones con el objeto poseído se acerca a la felicidad (el amor de Vernon y Clara), es doloroso renunciar a lo que abandonamos de buen grado (nunca exenta de cierta ironía en cuanto a la generosidad de Willoughby de entregar Clara a su primo), un orgullo herido que no devuelve el golpe se desmorona, nuestros sueños de héroes y heroínas empalidecen ante la realidad (el caso de la señorita Dale). No es nada casual que sir Willoughby esté en contra y deteste la poesía y al poeta, de modo que podemos encontrar una trinidad contrastiva: un poeta Whitford con ojos de cabra y mirada intensa, un héroe *agelastós* y Horacio De Craye, “amigo” y sátiro cuyo carácter hilarante en exceso choca con la firmeza de sir Willoughby y supone el golpe de duda para el orgullo del héroe que acaba por hacerse más sabio al reconocer que está perdido y necesita finalmente la ayuda de su guía destructora, Leticia Dale, que se parece a un Virgilio que lo acompaña en el Infierno. Leticia acepta el destino con resignación y fatalidad, de modo que este error la lleva a envejecer con la idea de un ídolo en Willoughby. Cuando la generosidad de este se hace pedazos quedando al descubierto su egoísmo, se recobra y examina a sí misma y abre la cuestión: ¿cabe la posibilidad de la existencia de un amor fuera del egoísmo?

El destino que afronta finalmente nuestro héroe es el que ridiculiza su orgullo mediante la figura de Clara y su afán por poseerla, pues ella no cede al culto a su persona ni a la adaptación a la idea de mujer que Willoughby tiene en su cabeza. Por otra parte, el amor de Leticia no deja de ser egoísta: pretende que Willoughby sea fuerte en su forma de ídolo y el derrumbe de su orgullo ante ella hace que Leticia caiga en un desencanto de su ideal. El ideal muere con el amor y Leticia descubre que no ama, como un alma moribunda que se amaba a sí misma en la cabeza de sir Willoughby. En última instancia, en esta obra la ironía reside en el empeño de un mundo fingido, por ello, retornando a la máxima del *Libro del Egoísmo* que afirma que “pensar es el inicio del disgusto del mundo”, todo hombre pretende esconder su egoísmo y mostrar su orgullo. Los duendes acechan y el egoísmo no nos permite hacer frente a la ridiculización del destino, pero es una defensa hasta que se interpone el orgullo que destroza toda sabiduría, pues, a partir del ejemplo de Willoughby, se concluye que no se puede poseer un ego del que no somos únicos responsables y el cual el orgullo cela, debido a que el ego es una imagen que se proyecta en la sociedad y que puede desmoronarse sin este apoyo social.

***Imán Rahmani Debakh***